

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 25 mayo 2016**

Textos de referencia: L. Giussani, «Los tres factores constitutivos», en Por qué la Iglesia, Encuentro, Madrid 2014, pp. 140-165 y J. Carrón, «Introducción», en «Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada», supl. a Huellas-Litterae communionis, junio 2016.

- *Non son sincera*
- *Haja o que houver*

Gloria

Hemos empezado los Ejercicios de la Fraternidad partiendo del reconocimiento de lo necesitados que estamos, de lo pecadores que somos. Pero muchas veces esto no es tan consciente en nosotros: pensamos que la naturaleza de nuestra necesidad no es en el fondo tan radical, y que podríamos arreglárnoslas solos si pusiéramos todo de nuestra parte. Antes o después acaba resultándonos evidente que no es así, como hemos visto en los discípulos: años de convivencia con Él no bastaban para responder a sus necesidades, a sus miedos, a sus tristezas o a su llanto. Por eso es crucial que caigamos en la cuenta de que ni siquiera es suficiente con reconocer nuestra necesidad, porque muchas veces la reducimos a lo que no somos capaces de entender. En cambio, solo delante de una Presencia podemos darnos cuenta verdaderamente de la naturaleza de nuestra necesidad. Por eso empiezo con una pregunta que ha mandado por correo electrónico una persona que vive lejos: «Me gustaría entender y profundizar en el nexo entre *El estilo de Dios* [el primer apartado], y “*Signo de los tiempos*” [el segundo] de la Introducción del viernes por la noche. Me ha impresionado especialmente la descripción que haces del cambio de época. Esa actitud a la que te refieres del hombre que dice que es Dios quien tiene que justificarse la percibo continuamente a mi alrededor en la escuela (soy profesor de secundaria), con los estudiantes y con los compañeros. Yo lo considero como una especie de presunción (no quisiera utilizar palabras exageradas) y lo que me duele es que esto me aleja de las personas, haciendo que las relaciones sean áridas y frías. Al leer después el segundo apartado, me impresiona la descripción que hace el papa Francisco. En el Papa se da una profunda sensibilidad hacia el hombre contemporáneo, una inteligencia de su condición, un sufrimiento por sus inquietudes y sus heridas, y la respuesta a este ánimo herido del hombre es la experiencia concreta de la misericordia. Mi pregunta es: ¿cómo se llega de la descripción del hombre a la experiencia de la misericordia, a decir que la misericordia es la respuesta a todo lo que afecta al hombre? Me interesa profundizar en esto porque me gustaría poder tener también la misma mirada que tiene el Papa sobre el hombre, sobre las personas con las que me encuentro todos los días y hacia las que muchas veces siento indiferencia. Además, en el fondo, es la mirada que percibo sobre mí en el encuentro con Cristo». ¿Por qué es tan decisivo relacionar los dos puntos, es decir, el estilo discreto de Dios con el cambio de época? Porque nadie puede imaginar ahora que, con la conciencia que

tiene el hombre moderno de sí mismo, se pueda en cierto modo imponer a Dios al hombre. Y por eso es fundamental la descripción del papa Benedicto, como vemos en nosotros mismos. Solo este estilo discreto de Dios, esta «ternura de Dios» –como dijo Francisco a los obispos de México–, puede conquistar de verdad al hombre de hoy. Esto es especialmente crucial, lo vemos en las relaciones (en la escuela, en la vida cotidiana...). No es una cuestión de presunción, sino que, como nos ha dicho siempre don Giussani citando al autor protestante Niebuhr, si uno no comprende la relación entre el estilo de Dios y la necesidad humana no sería razonable reconocer a Dios: «No hay nada más absurdo que la respuesta a una pregunta que no se plantea» (*Il destino e la storia*, BUR, Milán 1999, p. 66). Por eso la intención inicial de los Ejercicios es identificar bien, gracias a la compañía excepcional de Benedicto XVI (que cita a su vez a Juan Pablo II y a Francisco), cuál es esa grieta a través de la cual el hombre de hoy puede reconocer su necesidad y percibir la respuesta a esta necesidad en el modo con el que Dios actúa con relación a él. Porque sin esto –que es precisamente la “justificación” de Dios– lo único que podemos hacer es vivir defendiéndonos. De hecho, vemos por un lado esta necesidad, y por otro nos gustaría tener una mirada así en la realidad, lo que muchas veces no es inmediato. Don Giussani siempre nos comunicó el cristianismo así. Empezó el movimiento con una finalidad: mostrar la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida, mostrar que el cristianismo respondía a la necesidad del hombre. Por ello, solo si el anuncio cristiano responde hoy a la necesidad del hombre, este podrá reconocerlo, podrá percibirlo como pertinente. ¿Y cómo sucede esto? ¿Qué camino estamos haciendo? ¿Qué experiencia hemos hecho? ¿De qué modo empieza a incidir en nosotros este planteamiento que nos ofrecen Francisco y Benedicto XVI?

Cuando has citado en los Ejercicios este punto que acabas de retomar ahora, es decir, que Dios debe mostrar que está a la altura de la situación, ha sido muy importante para mí, porque ha cambiado completamente la forma con la que he vuelto a clase. Siempre he pensado que son los chavales los que de algún modo tienen que estar a la altura de la situación (es decir, de cómo defino yo la situación). Y esto, al final, como yo me hago la imagen de cómo tienen que ser, me lleva, como a casi todos mis compañeros, a la desilusión o a la queja porque no están a la altura. Mientras que cuando has dicho de Dios que tiene que mostrarse...

No es que los profesores no tengan todo el deseo de responder a esto. Pero si uno parte de un planteamiento equivocado, todo lo que intente se dará contra un muro. Se puede hacer con los alumnos, con los hijos, con los compañeros, ¡se puede hacer con todos!

Es verdad. De hecho, el lunes después de los Ejercicios volví a clase y la pregunta que me hacía era: ¿cómo puede el estilo discreto de Dios llegar a ser mi estilo como profesor, de modo que pueda estar delante de los chavales como son y no como yo querría que fuesen? Se produjo una situación un tanto especial. En esta época del curso los chavales están muy nerviosos porque tienen controles, exámenes orales...

¡Sobre todo con profesores como tú!

Evidentemente. Entonces, ¿qué hice? Les desafié diciendo: «Hay que romper esta dinámica. Hay que romper esta dinámica porque no es humana». Lo dije por una idea justa de qué es lo humano. Entonces una chica vino y me dijo: «Mire, profe, los

*controles y los exámenes orales son lo que tenemos que hacer, y yo quiero hacerlos lo mejor posible, pero usted, ¿qué quiere? ¿Por qué quiere hacer algo distinto? ¿Qué quiere hacer? Yo quiero hacer bien el trabajo de este mes, que es el trabajo del estudio». Es una chica tímida, por lo que no me esperaba una reacción así, y me quedé un poco bloqueado. Mientras, me acordé de lo que nos había dicho don Giussani en Viterbo: «Lo propio de una presencia es enjuiciar lo que hay, no ante todo preocuparse de crear fuera una alternativa, porque esto deja a un lado o reduce la presencia misma» («Viterbo 1977», en L. Giussani, *Il rischio educativo*, SEI, Turín 1995, p. 79). Entonces empecé a tratar de entender qué quería esa estudiante; es decir, en vez de traerla a mi terreno traté poco a poco de cambiar mi actitud. En la conversación con ella descubrí que era yo el que me tenía que justificar y no ella la que tenía que estar a la altura. ¿Para qué sirve hacerles hacer algo distinto, cuando lo que necesitan es estudiar? Poco a poco fui descubriendo esa necesidad, es decir, fui descubriendo cómo estudia ella, cómo estaba estudiando. Y empecé a medirme con sus dificultades y, a través de ella, con las dificultades de la clase. Y en ese momento se me hizo evidente que la cuestión no es el estudio tal como yo lo sé hacer, sino el estudio tal como lo hacen ellos. Me vi llamado a compartir la necesidad que tienen ellos, porque si no es así les planto como una boina lo que yo querría que fuese el estudio. Este cambio se reveló más interesante para mí, me sentí más verdadero como profesor, porque poco a poco me ha permitido comprender que había una libertad, que había una humanidad que necesitaba ser compartida. De hecho, su sonrisa y su alegría eran evidentes cuando me dijo: «Por fin un adulto que me trata por la necesidad que tengo, no que me dice lo que tengo que hacer». Esto me impresionó mucho, porque entendí que el estilo discreto no es una técnica, sino la forma de abrazar de verdad lo humano. Yo tenía una idea justa de lo humano, pero a ella la había dejado fuera.*

«Yo tenía una idea justa de lo humano, pero a ella la había dejado fuera». ¿Por qué? Porque tenía mi idea como profesor de lo que tenía que ser mi necesidad y la suya. No me dejaba abrazar yo en primer lugar.

Creo que esto expresa cuánto camino nos queda todavía por recorrer. Lo has descrito perfectamente: creías que habías captado el problema de la chica, pero habías hecho de ella una abstracción. La chica real, histórica, concreta que tenías delante es la que ha empezado a dialogar contigo; te ha descolocado, y entonces has empezado a tratar de entender. Sin darte cuenta, usas las palabras que dice Benedicto XVI: «Poco a poco» – porque no es que uno lo capte enseguida– se produce esta inversión de los términos, soy yo el que tiene que tratar de entender qué está sucediendo en ella para que mi acción, mi respuesta, pueda ser percibida como pertinente a su necesidad. Por tanto, soy yo el que tiene que justificarse, el que tiene que mostrar que la respuesta que doy a esa chica tiene presentes todos los factores: no solo la idea justa del estudio, sino la persona que tiene que estudiar, el sujeto histórico que tengo delante. Nosotros diríamos: teniendo una idea justa ya está todo en su sitio. Y pensaríamos que hemos entendido la complejidad de la realidad. En cambio, empezamos a ver que nuestra idea de lo que es justo es a veces bastante limitada y deja fuera una cantidad ilimitada de factores que demuestran que nuestra mirada no es del todo justa. Y esto se ve porque empiezo a darme cuenta de los

problemas, de las dificultades; empiezo a constatar ciertos datos de la realidad que estaban ahí pero que yo, hasta ese momento, no veía con suficiente claridad. No había partido de su necesidad. Y esto –dices– ha supuesto un cambio sobre todo para ti. ¡Qué gran necesidad tenemos de aprender esto! Te hace más verdadero como profesor, o hace más verdadero al juez a la hora de juzgar, o al padre con el hijo, o a un compañero con su compañero, o al preso con el policía que le desnuda, como hemos visto en el ejemplo clarísimo que cité en Rímini en la lección del sábado por la tarde. No es que nuestro amigo preso se haya equivocado en el juicio, no dice que ser tratado así sea justo: no, no está bien, es desagradable. ¿Pero cómo podría hacer otra cosa el carcelero si nadie le ha mirado de forma distinta? «He entendido que no es culpa suya, porque, ¿qué culpa tiene alguien que no ha tenido un encuentro, que no ha tenido alguien que le quiera gratuitamente y por consiguiente le enseñe a amar? ¿Cómo se puede vivir sin alguien que te lo enseñe? ¿Qué culpa tiene uno que no tiene un testigo al que seguir [...]»? He mirado a los agentes con una gran ternura, no porque me hiciese gracia desnudarme o ser tratado así, esto no. Les he mirado con ternura porque si uno siempre ha sido tratado así en la vida, inevitablemente trata igual a los que se cruzan en su camino». Hay que abrir la mirada y ser conscientes de todos los factores, no quedarse solo en el nivel de lo “justo o errado”, porque este “justo o errado” tiene que ver con toda la historia de la estudiante, con toda la historia del carcelero; si no es así, difícilmente podremos dar pasos. Porque, en el fondo, ¿qué es lo que pasa? Que al afrontar la realidad nos damos cuenta de que no hemos comprendido hasta dónde llega nuestra necesidad. Y al no haber entendido hasta dónde llega nuestra necesidad, no somos capaces de percibir la necesidad del otro. Cuando uno empieza a darse cuenta y le da la vuelta a la tortilla, empieza a ver lo que antes no veía. No es que seamos visionarios. No es que en un momento dado te hayas convertido en un visionario: sencillamente has empezado a ver lo que antes no veías. La necesidad de esa chica estaba delante de ti, pero no la veías porque prevalecía una idea que tenías, por muy justa que fuera.

Me ha impresionado mucho en los Ejercicios cómo se ha descrito el método de Dios que se desvela lentamente, poco a poco. Sin embargo, en mi experiencia reconozco que este método discreto me fastidia. Me gustaría que todo se hiciese evidente con claridad, y me reconozco en las personas que, ante la descripción de la misericordia de Dios, dicen que en la vida real, en la de verdad, las cosas no funcionan así.

Esta es nuestra sospecha, discreta o no tan discreta...

A pesar del vuelco de mi corazón que se ha producido en los Ejercicios, del abrazo que he percibido sobre mí, de la ayuda verdadera para que surja toda mi necesidad, me doy cuenta de que en la vida cotidiana esta afirmación (de que en la vida real la misericordia no funciona) en el fondo se impone. Por eso, al vivir la aridez en la jornada laboral o cuando me doy cuenta de que me cuesta vivir con verdad las relaciones, se necesita una gran sencillez para mirar a la cara honestamente a los amigos o a las personas de la comunidad; o cuando suceden hechos dolorosos me doy cuenta de que, a pesar de que existen las preguntas, en este diálogo con la Presencia falta algo nuevo. Se decía: la misericordia del Señor nos aferra en la medida en que uno la pide. A menudo me descubro pidiendo, pero con un gran escepticismo de fondo.

Por eso te pregunto: ¿por qué se mantiene este escepticismo y cuál es el camino para empezar a dejarlo de lado?

Perdona pero, en tu opinión, ¿por qué sigue quedando este escepticismo de base?

Quizá porque en el fondo uno no es verdaderamente leal con su necesidad.

Dejemos abierto este punto, porque tenemos que mirarlo a la cara. ¿Por qué se mantiene este escepticismo? Cuando la Magdalena se encuentra allí llorando, ¿es solo escepticismo, o que en el fondo la dimensión del problema es superior a su capacidad de resolverlo? Lo llamamos escepticismo, pero en el fondo es una impotencia: lo que nos gustaría no funciona, o no logramos hacerlo funcionar según nuestras imágenes. Me viene mucho a la cabeza esa frase de Jesús: «Sin mí no podéis hacer nada». Pero nosotros pensamos que en el fondo Jesús es un poco exagerado, porque «nada» es demasiado. Por eso, cuando nos hallamos ante situaciones que nos superan por todos los lados... ¿De dónde nace el escepticismo? No nace de Cristo: nace de haber reducido la naturaleza del problema, de haber pensado que, en el fondo, está en nuestras manos resolverlo (y, después de muchos intentos, nos volvemos escépticos frente a nuestros intentos). Estamos perfectamente de acuerdo: está claro que no podemos. ¡La cuestión es si existe otra posibilidad! Por eso no debemos luchar contra este escepticismo en abstracto: tenemos que ver, mirar a la cara los hechos que nos permiten desafiar este escepticismo.

Hace alrededor de un año me pidieron en mi trabajo que cambiara totalmente de puesto, y tenía que aprenderlo todo. Enseguida identifiqué entre los que trabajaban conmigo a una chica que me pudiera echar una mano, es una tipa estupenda de la que me fío mucho. Antes de asignarle un cierto papel, la he observado, y durante este año, por problemas personales, ha trabajado mal, realmente mal, casi para despedirla. Por eso he tenido que pedirle a otra persona que asuma ese puesto. Pero estaba triste, porque la primera chica me importaba mucho y veía que se estaba echando a perder; no por lo que hacía, porque todos somos unos pobrecillos, sino porque en esas acciones se separaba de cualquier vínculo, se concebía sola. Un día tenía que comunicarle los cambios internos en el trabajo y decirle que le había correspondido a otra persona el ascenso que podía haber sido suyo. Me encontraba fatal, y no dejaba de preguntarme cómo se lo diría. Pensé que al decírselo tenía que afirmar un bien para ella, luego reaccionaría como fuese. Entonces la llevé a comer y le pregunté: «¿Qué tal has trabajado este año?». Admitió que había trabajado fatal, que lo sabía, que tenía la cabeza en otro sitio. Yo le dije que en efecto era así y que había perdido una gran oportunidad laboral, pero que en el fondo lo que a mí más me preocupaba era que no se tomaba en serio a sí misma. Le dije: «Lo que me ha salvado a mí y me salva siempre es tener un lugar en el que hay un Tú que me abraza y me perdona, y no quiero perder ese abrazo. Aunque me aleje y haga las peores cosas, vuelvo siempre porque sé que existe. Solo mirándole a Él y estando con Él sé qué es lo más justo». Me dijo que deseaba mucho algo así, pero que todavía no lo había encontrado. Era jueves. Al día siguiente se vino conmigo a los Ejercicios de los Jóvenes trabajadores. Ella es budista, pero solo de tradición, en realidad es atea, y con muchos problemas personales, familiares, de salud... bueno, muchas cosas. No sabía a dónde íbamos, me preguntó si

tenía que llevarse ropa ligera o más abrigada, pero yo le dije que viniera y vino. Le pedí a una amiga mía que estuviese pendiente de ella y estuvimos las tres juntas. Durante todos los Ejercicios estuvo de brazos cruzados, sin hacer un solo comentario. Pero por la noche la oía cantar en la ducha. Después volvimos a casa. El lunes estuvimos trabajando juntas todo el día y ella nada. Salí del trabajo un momento y recibí un mensaje en el que me preguntaba si podía pasarle los apuntes, porque quería releer algunas cosas. Sin embargo, lo que más me sorprendió de todo es que al volver al trabajo empezó de nuevo a trabajar estupendamente, como hacía un año que no sucedía. Una compañera nuestra, que es musulmana, me dijo: «El año que viene me llevas a mí también porque cómo se le nota en la cara...». Y a continuación: «Bueno, no, que son Ejercicios católicos, ¡vamos mejor a un balneario!». Pero se había dado cuenta de que su rostro era distinto. Y es precisamente un rostro distinto lo que mueve las cosas.

Es un rostro cambiado, es decir, un hecho, lo que puede responder al escepticismo, no mis intentos. Es el reconocimiento de algo. Porque esta persona había estado trabajando fatal, y ningún intento había sido suficiente. En cambio, en un momento dado sucede algo, interviene una presencia distinta del propio intento y esa persona reemprende el camino. ¿Funciona así en la realidad, sí o no? ¿O es solo en nuestra imaginación? Ciertas cosas no podemos seguir repitiéndonoslas sin mentir, porque nosotros escuchamos hechos como estos cada vez que nos encontramos; hechos que superan cualquier medida nuestra. Entonces, cuando nos encontramos delante de algo que supera nuestra medida, la cuestión no es que «como supera nuestra medida, es imposible y sigo siendo escéptico». ¡La cuestión es si volvemos a esos hechos que desafían y vencen nuestro escepticismo! Por ello, no bastan las teorías para responder a nuestro escepticismo, no bastan las explicaciones, no basta otro tipo de razonamientos. Lo único que pone a prueba nuestro escepticismo son los hechos. Que uno, frente al escepticismo, pueda decir como el ciego de nacimiento: «Mirad, todo vuestro escepticismo no me afecta, porque antes yo no veía y ahora veo». No existe otra forma de desbaratar nuestros pensamientos escépticos; lo único que puede desafiarlos de verdad son los hechos. Por eso si uno no se deja tocar por los hechos, si no abre su mirada a otra posibilidad por los hechos que suceden en la realidad –no en nuestra fantasía, *en la realidad*–, cuando percibe en sí mismo esta punta de escepticismo se queda bloqueado. No es que esto resuelva de por sí la cuestión. Los hechos abren una grieta en el muro de nuestro escepticismo. Todo lo demás está todavía por hacer, porque solo cuando me abro a esta posibilidad puedo verlo, puedo empezar a ver que es posible otra cosa.

Cuento una experiencia de esta última semana que me ha permitido entrar en lo que nos contaste el viernes por la noche. Tengo una compañera que es una persona verdaderamente buena y generosa, pero que no soporta la presencia de los refugiados y, como otras personas de su familia, dice con frecuencia que los fusilaría a todos, que no tienen que entrar, que habría que construir muros, etc... Esto se ve agudizado porque el marido está cobrando un subsidio, se halla en una situación muy difícil. No es que hablemos mucho en el trabajo, pero a veces he intentado decirle: «Pero es un

hecho, es una situación que habremos de afrontar cada vez más», o: «Podría incluso ser un recurso para nosotros», obviamente sin hacerle cambiar ni una coma de su idea. Hasta que un familiar que vive con ellos es ingresado en el hospital por una enfermedad muy grave de pulmón. Y se encuentra en el hospital con que en la cama de al lado está ingresado un refugiado paquistaní recién llegado a Italia con una situación de salud muy precaria.

¡El Misterio da en el clavo!

Después del fastidio inicial, comienza una relación entre ellos. Este paquistaní, que no se encuentra nada bien, se levanta de la cama cuando se desenchufa el oxígeno de este anciano y se lo vuelve a conectar. Y poco a poco suceden pequeñas cosas así, pequeños gestos de humanidad. Y este tipo que tenía un prejuicio, un odio enorme, pide a sus familiares que le den al paquistaní toda su ropa vieja, todos los objetos que ya no usa. Es más, mi compañera viene a verme y me cuenta llena de compasión: «Tiene una historia dramática, ha dejado allí a su mujer y a sus hijos... es una historia durísima». Vamos, que toda la familia se encariña con él hasta el punto de que van a visitarle cuando le cambian de sección. Tú citabas a Giussani el viernes por la noche: «En definitiva, la Iglesia no puede hacer trampas, insiste don Giussani, porque “todo lo que dice y hace está totalmente a disposición de la verificación de cualquiera. Su fórmula es: ¡Verifícalo tú! Abandona completamente su propuesta al contenido de tu experiencia: eres tú el que juzga. ¡No hay mayor apertura que esta! [...] La Iglesia no hace trampas en el sentido de que no impone nada que tú, si no estás persuadido, estés igualmente obligado a reconocer”». Y entonces yo, ante estos hechos pequeños que suceden en la realidad, estoy agradecido de aprender de estos pobrecillos el método: estar disponibles. Disponibles a cómo Dios, el Misterio (que sigue siendo un misterio) provoca mi libertad, ha amado y ama mi libertad frente a todo.

Es impresionante. Frente a una persona con esta actitud (que puede ser la nuestra), delante de un extraño, un refugiado paquistaní puede ser usado por el Misterio con este método discreto justamente para darle la vuelta a esa actitud. ¡Qué fantasía tiene el Misterio para usar la cosa más pertinente, aparentemente contraria a lo que nosotros deseáramos... «¿No te gustan? ¿No estás dispuesto a abrazar a otro que es distinto? Entonces te lo pongo al lado. Te lo pongo al lado para que se pueda ampliar tu razón, para que se pueda abrir tu mirada, tu corazón, para mostrarte que es más que aquello a lo que tú lo reduces». Es impresionante, porque de este modo podemos comprender verdaderamente que el método de Dios es absolutamente pertinente, hasta tal punto que nos hace abrirnos: «Dime si este afecto te corresponde más o menos que la medida que tenías antes». Ningún tipo de discurso habría podido hacer mella en una convicción tan enraizada. Ha sido un hecho, una presencia que se ha desvelado con toda su complejidad, lo que les ha hecho cambiar de actitud. Cuando estamos disponibles a esto todo es posible para Dios: incluso vencer, una y otra vez, todo nuestro escepticismo.

Tengo una pregunta. Me parece que muchas veces confundimos nuestro corazón, con todas sus exigencias tan profundas y verdaderas, con el amor propio o los propios intereses. ¿Qué diferencia hay entre tu corazón y tu amor propio, o entre tu corazón y tus intereses?

Gracias, esta pregunta es fundamental para todos, porque es verdad que muchas veces confundimos el corazón con el amor propio. Pero, ¿cuál es la diferencia? Si leemos bien lo que dice el Papa podemos empezar a entender: «En la raíz del olvido de la misericordia, está siempre *el amor propio*. En el mundo, esto [este amor propio] toma la forma de la búsqueda exclusiva de los propios intereses, de placeres y honores unidos al deseo de acumular riquezas, mientras que en la vida de los cristianos se disfraza a menudo de hipocresía y de mundanidad. Todas estas cosas son contrarias a la misericordia» (*Audiencia general*, 9 diciembre 2015). ¿Cuál es la diferencia entre el corazón y el amor propio? El corazón es por naturaleza exigencia de totalidad; el amor propio es una reducción de esta exigencia, porque en el fondo nos hace conformarnos con las migajas de nuestros intereses o de nuestra mundanidad; nada comparable con la exigencia del corazón, y por tanto incapaz de llenarlo. Prevalece el deseo –como dice el Papa– de acumular o de colmar el vacío con cosas que en el fondo, por su naturaleza, no son capaces de correspondernos totalmente. Me contaban nuestros amigos de Uganda que había ido a visitarles un amigo que trabaja en una compañía aérea, que había conocido el movimiento hacía algunos años, y que después de permanecer en él algún tiempo, había terminado alejándose. Por casualidad alguien le había regalado el DVD *Un camino hermoso*, y en él pudo reconocer los rostros de las personas que había conocido y que habían hecho que le resultara fascinante el movimiento. Entonces, como trabaja en una compañía aérea, se le ocurrió la idea de que le pusieran en un vuelo que le permitiese visitar a los amigos que había visto en el video. Después de distintos intentos lo consigue. Vuela a Uganda, pero llega a un *resort* precioso, ¡y se encuentra allí tan bien que olvida el motivo por el que ha ido! Ha reducido su deseo a eso. Y se da cuenta porque nada más despegar, de vuelta a casa, siente toda la tristeza de haber perdido la ocasión que había buscado. El corazón no hace rebajas. Uno puede censurarlo por cualquier otro interés, pero no le basta. Luego, por casualidad, se encuentra en el avión a algunos amigos nuestros que vuelven de Uganda. Y les dice: «Normalmente no hablo con los italianos, porque me lían. Pero esta vez, no sé por qué, he sentido el impacto de vuestras miradas». Al final, después de varias preguntas a las que los otros responden con evasivas, porque no querían que se interrumpiese la conversación que tenían entre ellos, dice: «Pero, ¡vosotros sois de CL!». «Sí, ¿cómo lo has sabido?». Y entonces les cuenta la historia. Y está completamente asombrado por cómo el Misterio ha podido salvarle a cuarenta mil pies de altura. Al escuchar estas cosas, uno se da cuenta de la diferencia entre el interés verdadero del que habla el Papa y la mundanidad (por usar la otra palabra). Pasar un fin de semana en un *resort* está fenomenal, pero esto no corresponde a toda la espera de su corazón; hasta el punto de que después estaba desilusionado, pero volvió a despertar cuando se quedó impactado por esos rostros, hasta el punto de reconocerlos como pertenecientes a CL. Nosotros creemos que podemos hacer trampas con el corazón. ¡No! Ni podemos hacer trampa ni nos basta cualquier intento de respuesta que no corresponda a la exigencia del corazón. Muchas veces confundimos lo que nos gusta y apetece con la correspondencia. Pero debemos juzgar lo que nos gusta y apetece por la experiencia de correspondencia o de no correspondencia. Si después de haber pasado todo el fin de semana en un *resort* uno empieza a experimentar una tristeza nada más volver, el juicio está hecho. Puede tratar

de esconderlo, puede tratar de evitarlo o puede tratar de reconocerlo, pero la diferencia está clara. Por eso es crucial que uno empiece a reconocer la diferencia, porque aunque hubiera podido pasar página, no habría encontrado una respuesta verdaderamente correspondiente a las exigencias del corazón.

Me ha acompañado mucho en esto el tercer punto, en especial cuando nos lanzabas la provocación: ¿cuándo habéis «pensado en Él seriamente, con el corazón, el mes pasado?», Y yo, cuando lo preguntaste, pensé enseguida: ¡siempre! Yo pienso siempre en Él. Cuando me levanto, el primer deseo que tengo es: permanece junto a mí. Sin embargo tú seguías: «“No hemos pensado en Él como pensaban en Él Juan y Andrés mientras le miraban hablar. Si nos hemos preguntado por Él ha sido por curiosidad, por análisis, por exigencia de análisis, de búsqueda, de aclaración, de claridad. Pero pensar en Él como uno que está enamorado piensa en la persona de la que está enamorado [...], de forma pura, de forma absoluta y totalmente desprendida, como puro deseo de bien...”. ¡Qué raro es que pensemos en Él como en una presencia presente, amada». Yo creía que conocía bien esa posición del corazón que le espera a Él, pero en estos días he descubierto que incluso lo que he experimentado de la relación con Jesús no puede ser algo que ya sepa. Cada día se me vuelve a plantear la pregunta: pero tú, ¿a quién respondes, de quién eres? Lo digo porque en los últimos días he tenido que tomar una decisión en el trabajo, tenía que decidir si permanecía en mi puesto, en el que me encuentro muy bien, o si daba espacio al deseo que había aparecido en mi corazón estos últimos meses y que era real. A la hora de afrontar esta decisión pedía: hazme comprender dónde me quieres, yo quiero estar donde Tú quieras que esté. Pero incluso esta petición la planteaba como exigencia de que fuera algo definitivo y claro, no como se plantea una petición a la persona a la que se ama. Lo que ha sucedido es que, en cambio, he visto cómo el Señor poco a poco me acompañaba y hacía suceder las cosas, y entonces yo me daba cuenta de que el problema no era elegir entre blanco o negro, sino seguir el camino en el que Él me ponía, en el que me pone. Y entonces me doy cuenta de que el problema es precisamente abandonarse a este abrazo suyo, hasta el punto de que cuando lo he hecho, se ha disuelto todo el problema. ¡Ha sido una liberación! Esta posición es una novedad porque con frecuencia me descubro bloqueada por el miedo, sobre todo ante decisiones importantes, como si hubiese una desconfianza de fondo. Y descubro también una resistencia a Su amor. Sin embargo, me doy cuenta de que es posible que estos puntos de liberación que empiezo a ver se extiendan a toda la vida. Y me doy cuenta también de que Cristo introduce en mi vida estas preguntas, estos líos, para que pueda descubrir que no me basta con pensar en Él, sino que es necesario que le ame. Y yo, al amarle, comprendo que le conozco; mi posibilidad de conocer a Jesús reside en amarle, no en pensar en Él y ya está.

Frente al amor propio, a la reducción de nuestra espera a nuestros intereses, existe esta posibilidad que Giussani definía como «buscarle a Él día y noche», como lo único que corresponde a la exigencia del corazón. Pero esto solo es posible si cedemos a esa Presencia como hizo María Magdalena, si cedemos a Cristo que se inclina sobre nuestras llagas, sobre nuestras heridas para responder a nuestra espera. Porque si no nos abandonamos a una Presencia así, si no vemos cómo es capaz Él de cumplir nuestra

vida, acabaremos sucumbiendo a buscar nuestros intereses reducidos. Y esta es la cuestión que permanece abierta en la vida: ¿qué es lo que nos corresponde? Porque este es el modo que tiene Dios de justificarse ante nosotros: «Mira qué es lo que te corresponde: ¿el *resort*, los intereses, tus proyectos o abandonarte a mi presencia?». Pero de esto no puede convencernos nadie, solo la experiencia que hagamos. Por eso, como decíamos en los Ejercicios citando a don Giussani, Dios confía esta propuesta a la verificación de nuestra experiencia, porque solo en la experiencia podrá salir a la luz su justificación, es decir, su pertinencia a las exigencias de nuestro corazón. Y esta es la posibilidad que tenemos delante de nosotros cada día: no solo pasar el día más o menos brillantemente, sino ver que todo cuanto se ofrece ante nosotros es la posibilidad de descubrirle a Él, de verificar si esta propuesta corresponde o no. Porque es así como crecerá en nosotros la certeza y no el escepticismo. Como siempre, la pelota está en nuestro tejado, porque esta propuesta que Cristo está haciendo ante nuestros ojos se dirige únicamente a nuestra libertad.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el 22 de junio a las 21 horas. Continuaremos el trabajo con la Introducción de los Ejercicios. Todavía nos queda mucho por comprender.

Vacaciones. Os recomiendo las vacaciones comunitarias. Son el lugar privilegiado para descubrir y vivir lo que más nos importa, «Aquel que está entre nosotros». Como hemos dicho muchas veces: menos explicaciones y más “inmersiones” en un lugar en donde podamos hacer una experiencia. Vivamos las vacaciones con atención hacia los demás y construyámoslas juntos testimoniándonos una participación viva en todos los momentos propuestos: el *Ángelus*, las Laudes, la excursión, el momento de testimonio, la presentación de un libro, los espectáculos, una conversación sobre algo interesante, los juegos, la misa... Que todo se convierta en un lugar construido para «sumergirnos en la misericordia», como dice el Papa: no solo para *hablar* de misericordia, sino para *hacer experiencia de ella*. Como hemos visto hoy, la participación en los Ejercicios ha cambiado –y cambia– a las personas más impensables: lo vemos en nosotros. Por tanto, compartamos la riqueza de un gesto así invitando también a amigos y compañeros.

Manifiesto de CL con motivo de las elecciones municipales. Frente a la indiferencia total que se percibe en torno a la política, con este manifiesto –que hemos titulado «La política es un bien»– queremos ofrecer un instrumento de diálogo que nos ayude a situarnos ante la pregunta: ¿por qué merece la pena votar? Para nosotros se trata de otra ocasión para verificar si el cristianismo tiene algo que decir incluso en esta situación precisa; porque si no vence la mirada de la que hablábamos antes, lo que prevalece es el escepticismo, también en política. Por ello, utilicemos el manifiesto, para que a través de él podamos ofrecer como comunidad cristiana una contribución a la vida pública, no solo por el juicio que ofrecemos, sino por cómo lo hacemos. ¡Buen trabajo!

Veni Sancte Spiritus